

desde todos los puntos de vista posibles, incluso el estilístico. El espectador cinematográfico tiene, aun en los supuestos más favorables, interpuesta entre el espectáculo y él como espectador el sentido formal y la desarraigada neutralidad del «cine».

Ahora bien; ¿significa esto tan sólo que al «cine» le falta perspectiva histórica, o es una condición inherente al «cine» mismo?

Halla respuesta la pregunta poniéndola en relación con la capacidad del «cine» para trasponer la realidad habitual. En cuanto revelador de una realidad subyacente está el «cine» en cierto modo más allá de lo real y lejos de dejarse aprehender por ello, él es quien lo manifiesta y dirige. Por mucho tiempo histórico que al cinematógrafo se agregue, aunque se desarrolle en el seno de culturas típicas, permanecerá en todo caso transpuesto e indiferenciado ante la cultura que quedará subordinada a la primacía existencial que el «cine» pone en sus contenidos.

Precisamente por estar desarraigado y huérfano, y proceder de la técnica en la madurez de su deshumanización, *el «cine» es el modo de civilización que mejor se aviene con el momento social de hoy y del futuro.* Es el espectáculo adecuado a la universal socialización de nuestro tiempo.

En el fondo esta afirmación supone otra más generalizada, pues la congruencia de las características del «cine» con las de nuestro tiempo delata, como insinuamos anteriormente, que la cultura se transforma en civilización en sectores amplísimos que tienden cada día a ser mayores.

En esta coyuntura en la que el «cine» muestra una vez más su condición de fenómeno arquetípico, aparece otra vez el tema del «cine» en cuanto espectáculo de masas.

Por lo pronto se caracteriza el cinematógrafo por ser un elemento divulgador. Es un instrumento poderosísimo al servicio de la más extensa socialización del saber que se haya cono-

